

CUADERNOS

historia 16

Flandes contra Felipe II

J. Alcalá-Zamora, G. Parker, M. Fernández y A. Domínguez Ortiz



5

Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, Cabeza indiscutible de la rebelión de los Países Bajos contra Felipe II, fue asesinado el 10 de julio de 1584 en su residencia de Delft por Baltasar Gérard, un borgoñón comprado por la recompensa española.

En este *Cuaderno*, José Alcalá-Zamora describe la situación social y económica de las provincias de los Países Bajos en vísperas de la llegada de Felipe II al trono; Geoffrey Parker analiza los motivos de su enfrentamiento con la monarquía hispánica y sigue los primeros pasos de la guerra de Flandes; Manuel Fernández Álvarez traza un perfil biográfico del padre de la nación holandesa, y Antonio Domínguez Ortiz presenta aspectos poco conocidos de la actividad de los españoles en aquellas tierras.

Retrato del Rey Felipe II, por Rubens.

Indice

FLANDES CONTRA FELIPE II

En vísperas de la revolución

Por José Alcalá-Zamora

Catedrático de Historia Moderna.

Universidad Complutense de Madrid

Jaque a Felipe II

Por Geoffrey Parker

Profesor de Historia Moderna.

Universidad de St. Andrews. Escocia

Guillermo de Orange

Por Manuel Fernández Álvarez

Catedrático de Historia Moderna.

Universidad de Salamanca

Españoles en Flandes

Por Antonio Domínguez Ortiz

De la Real Academia de la Historia.

Bibliografía

En vísperas de la revolución

Por José Alcalá-Zamora

Catedrático de Historia Moderna.
Universidad Complutense de Madrid

EN la séptima década del siglo XVI, hasta su desembocadura militar de 1568, se gesta uno de los procesos de mayor duración —ochenta años— y trascendencia de la historia europea: la revolución de los Países Bajos, culminada, aunque sólo a medias desde el punto de vista geográfico, en 1648.

A lo largo de esas fechas preliminares, según explica el profesor Parker en otro lugar del *Informe*, la autoridad de Felipe II y de sus representantes en Flandes se fue deteriorando conforme el despliegue revolucionario pasaba del descontento o las hostilidades personales e institucionales a la radicalización de posturas y toma de conciencia, a los motines, destrucciones y derramamientos de sangre, a la forja de programas y estrategias, sin que pudieran acordarse las razones e intereses de los unos y los otros.

Pero retrocedamos hasta situarnos en octubre de 1555, cuando el emperador Carlos V cede a su hijo Felipe la titularidad de los Países Bajos, medida que se completó en enero siguiente con la abdicación de la Corona de España y reino de Sicilia.

El heterogéneo y frágil edificio imperial, compuesto por el triángulo hispano-italo-alemán, se bifurcaba sobre el mapa europeo en la alianza dinástica de la Germanía austriaca

y la confederación de Estados que conocemos con el nombre de Monarquía Hispánica. Esta venía a constituir también, como recientemente ha sugerido el inglés Stradling, un sistema o complejo de imperios, dentro del cual los Países Bajos, por su posición y riqueza, ya que no por sus dimensiones, desempeñarían funciones esenciales en orden al despliegue, vertebración o supervivencia del conjunto.

Hasta que, a finales del siglo XVII, diversas circunstancias disminuyeron algunas de sus ventajas, las coordenadas geográficas de los Países Bajos deben calificarse de excepcionalmente favorables.



Situados sobre lo que entonces —y casi también hoy—, de Sicilia e Inglaterra, constituía la columna vertebral de Europa en términos demográficos, económicos, culturales y científicos, se asomaban, mediante larga y vigilante fachada

al mar del Norte, encrucijada de los tráficos marítimos mundiales, donde se daban cita el Báltico y el Mediterráneo, el Indico y el Atlántico.

Con fáciles accesos terrestres y fluviales al traspais germano, sólida y centralmente instaladas en el espacio europeo de más rápido progreso, compitiendo ya con la masa superior de los países mediterráneos, las provincias de Flandes aportaban a la monarquía de Felipe II una nada desdeñable participación en todas esas perspectivas.

Los Países Bajos abarcaban unos 75.000 kilómetros cuadrados, extensión que crecía paulatinamente gracias a las ya entonces tradicionales conquistas de tierras al mar.

Al Benelux actual habríamos de añadir algunas comarcas alemanas y buena porción de la Francia septentrional, restando, en cambio, el «pasillo» dibujado por el obispado de Lieja, sede de importantes manufacturas.

La fértil llanura al nivel del mar, regada por el curso bajo de ríos tan importantes como el Escalda, el Mosa o el Rhin, sólo se alza en la zona del Luxemburgo. Una incipiente red de canales contribuía a facilitar las comunicaciones interiores.

El paisaje, cuya vitalidad, no exenta de cierta melancolía, nos han conservado los cuadros de la escuela holandesa y bastantes pinturas del Museo del Prado, variaba a tenor de la geografía y de los cambios estacionales, tan influyentes a la sazón en las campañas militares.



Felipe II (grabado de la época).

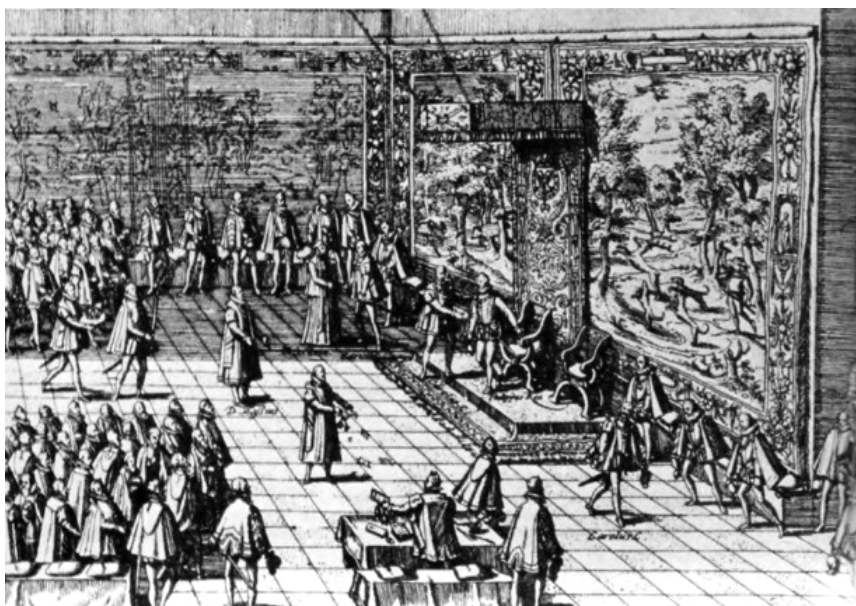
Las comarcas ampliamente rurales del nordeste alternaban con los espacios de densa ocupación humana, como la provincia de Holanda o el condado de Flandes. El litoral y las famosas Islas de la Zelanda, protagonistas de una página importante de la rebelión contra España, ofrecían una personalidad muy vigorosa, con sus difíciles accesos a través de temibles bancos de arena y su padecimiento de las frecuentes cóleras del mar septentrional.

Corresponde a Carlos V, natural, como bien se sabe, de Gante, la responsabilidad de haber definido las fronteras y autonomía de los países Bajos respecto a la estructura del Imperio germánico. Sucesivas incorporaciones territoriales establecieron en diecisiete el número de provincias de la Unión —viejos condados, obispados, ducados...—, redon-

deando y consolidando sus límites; por último, instrumentos como el Acuerdo de Augsburgo, de 1548, y la Pragmática Sanción, de 1549, proporcionaron al País Bajo personalidad estatal diferenciada.

Otras disposiciones anteriores (1531) habían constituido órganos de gobierno junto a los antiguos *Estados Particulares* y *Generales* (asambleas estamentales de cada provincia y del conjunto) y a la figura de los gobernadores o *estatúderes*. Eran los célebres *consejos colaterales de Estado* (para las cuestiones políticas), *Privado* (legislación y asuntos de justicia) y de *Finanzas*, cuya competencia se refería a los temas económicos.

Completaba la cumbre institucional el cargo de gobernador, equivalente al de virrey en otros dominios de la Monarquía, el oficio exterior de máxima envergadura bajo la dinastía habsburguesa.



Abdicación de Carlos V en favor de su hijo Felipe II, octubre de 1555 junto a él, su hermana doña María, gobernadora de los Países Bajos (grabado, Biblioteca de El Escorial).

A la altura de 1560, en una Europa de noventa millones de habitantes, cabe estimar la población de las diecisiete provincias en cerca de tres millones, cifra que el lector puede comparar con las pertenecientes, por las mismas fechas, a otros ámbitos geográficos: el reino de Castilla, unos cinco y medio: alrededor de ocho, la Península Ibérica, y doce la italiana, donde las posesiones españolas se acercaban a la mitad del total, dieciséis millones, Francia: uno, Suecia, y tres y medio. Inglaterra: Moscovia, tal vez doce, y quizá ocho las Indias Occidentales castellanas. Dentro de la linde de aquellos Países Bajos viven hoy treinta millones de almas.

La densidad demográfica del País Bajo, bien expresiva del desarrollo técnico y económico de la zona, se situaba en los niveles más elevados de Europa, aunque desigualmente repartida. Mientras en las provincias del nordeste — Frisia, Groninga, Drenthe, Overijssel—, de predominio rural y ganadero, y en el Luxemburgo apenas sobrepasaba el índice medio continental de los diez habitantes por kilómetro cuadrado, en las de Holanda, Brabante, Hainaut o Flandes, bajo el signo del componente urbano, como subraya el historiador Vries, se disparaba hacia los sesenta, ochenta, cien..., de modo que en menos de la mitad del territorio — auténtico motor histórico del mismo— se concentraban los dos tercios de la población.

Cerca de siete mil pueblos y trescientas ciudades, según destacara Guicciardini, salpicaban el paisaje. Sobresalía Amberes, metrópoli financiera del mundo, muy vinculada al negocio imperial español y víctima que sería temprana de la guerra que se iba a iniciar: Su nombre figuraba entre la media docena de las aglomeraciones europeas que excedían de los cien mil habitantes.

Otras grandes urbes, a la escala de la época, cuando en Inglaterra, aparte de Londres, sólo aparecían dos o tres núcleos superiores a las diez mil almas, eran Gante, Brujas, Amsterdam —la heredera de Amberes—, Lille, Bruselas, en

el orden de las treinta a cincuenta mil, Leyden, Haarlem..., algunas en la inercia de pasados esplendores, las demás en plena expansión.

Añadamos centros de cultura, como Lovaina, Leiden o Utrecht. Y con cifras modestas, pero enorme vitalidad, los puertos de Rotterdam, Flesinga, Middelburg, Ostende, Dunkerque...

Durante todo el siglo XVI, siempre en relación con la europea, la población de los Países Bajos sostuvo una alta tasa de crecimiento, que en algunas comarcas rozó el siete por mil anual y en promedio no descendió seguramente del cuatro por millar.



Ciudadanos de Amberes (detalle de una mapa de Civitates orbis terrarum, siglo XVI).

En la segunda mitad del siglo XVI se manifestaron también tendencias muy nítidas hacia la concentración urbana. Si se considera que ya desde 1500 este sector demográfico superaba el 40 por 100 del total en Holanda y Flandes, advertiremos las profundas diferencias que en este particular

distinguían a las provincias de la mayor parte de Europa, donde el predominio rural constituía la nota común.

Cambio y dinamismo social

Todo este progreso demográfico se explica por las mejores condiciones de vida y menor mortalidad catastrófica que en otras zonas, pese a crisis alimenticias como las de 1557 y 1566, inevitables todavía incluso en el privilegiado país, y asimismo por la alta natalidad, vinculada con certeza a matrimonios relativamente tempranos para la época, como solía suceder en periodos de prosperidad.

Cuando todavía el enfrentamiento armado entre el norte, *rebelde*, y el sur, español, no había escindido al País Bajo en dos ámbitos polarizados por el régimen político respectivo, hallamos en él un modelo de sociedad que podríamos resumir mediante los siguientes rasgos: primero, heterogeneidad, obedeciendo a un medio geográfico reducido, pero variado, y a las diferencias de intereses, lenguas y grupos: segundo, presencia de una crisis de transformación y crecimiento, con mutaciones de relieve: tercero, la actitud emprendedora y abierta a nuevos valores y horizontes.

Predominaba en Europa, con matices desde luego mucho más rígidos, arcaizantes y particulares hacia el este, la organización social que, siguiendo a Mousnier, calificaremos de *órdenes* o *estamental*. En ella convivían numerosos escalones jerárquicos, definidos tanto por una cobertura jurídica privativa como por una singularidad de valores y distribuidos en los estamentos mayores de pueblo y burguesía, nobleza y clero.

En el interior de esta estructura, no libre de algún prurito casticista, al modo indio, surge en el Occidente europeo una nueva forma de sociedad, la de clases, vertebrada en torno a la significación del factor económico como impulso y criterio estratificador y funcional.

Con una mayor o menor proporción de uno u otro modelo sociológico, y el ejemplo de las *provincias* de los Países Bajos se citaría en el extremo de vanguardia, los pueblos europeos de la época se nos manifiestan en formas mixtas, pero tendiendo a incrementarse poco a poco el influjo del segundo componente bajo la presión de las nuevas facetas adoptadas por el capitalismo.

En los Países Bajos, al comenzar el reinado de Felipe II, la entidad y el influjo de los grandes estamentos tradicionales, con su proyección en los negocios locales y nacionales, estaban experimentando modificaciones importantes.

La presión demográfica, la revuelta coyuntura económica, la competencia y oportunidades exteriores, el impacto múltiple de las frecuentes guerras, la intensa actividad política, polarizada por los programas de gobernantes emprendedores y escrupulosos, como Carlos y Felipe, el clima espiritual de las *reformas*, aún muy tenso, iluminado y beligerante, y la misma psicología agresiva de una Europa todavía joven y poco gastada en sus ideales heroicos y expansivos, eran factores todos que se conjugaban para ofrecer la imagen de una sociedad en equilibrio precario y sensible con facilidad a disyuntivas apocalípticas o, sencillamente, revolucionarias.

La Iglesia católica, cuyos altos rangos monopolizaba la aristocracia nobiliaria, había sido ya objeto de domesticación política por parte de Carlos V, quien de esta guisa se cobraba sus desvelos en pro de la causa papal.

Su influjo se hallaba, pues, bastante recortado cuando Felipe II decidió culminar el proceso carolino mediante su temprana —1559— y plausible reforma eclesiástica. Con ella pretendía, además de reafirmar su posición en los Estados Generales sumando representantes adictos, adaptar la administración clerical, con criterios de funcionalidad, a las auténticas necesidades pastorales, distribuyendo el poder religioso entre mayor número de cabezas y abriendo a sim-

ples estudiosos, procedentes de otras canteras sociales, el acceso a la jerarquía.

El subsiguiente conflicto de intereses, que sesgaría la carrera ministerial de un Granvela, produjo uno de los detonadores que intervinieron en los trastornos sobrevenidos en la década inmediata.

Nobles y burgueses

El estamento nobiliario, lo mismo en sus órdenes altos que en los bajos, y más aún en éstos, menos aptos para beneficiarse con las prebendas administrativas, aparecía muy castigado, como propietario y perceptor de rentas, por el ascenso, tan perceptible desde mediados de siglo, de la marea inflacionista que invadía Europa entera. Además, la competencia ejercida por letrados y burócratas de oficio en la pretensión de los cargos públicos amenazaba esa otra vertiente de su desahogo económico.

Una salida de la crisis vendrá representada por la adopción de conductas específicamente burguesas, iniciando negocios especulativos, comerciales o fabriles.

En otros supuestos, este sector, conservador por antonomasia, se comportará de modo paradójico, inhibiéndose ante los avances del calvinismo y los desórdenes populares, aproximándose a la muchedumbre de los descontentos. Incluso —y como se sabe no escasean los más sonoros apellidos— alzarán el estandarte de la identidad y dignidad nacionales y de la libertad frente a la opresión y, poniéndose al frente de sus filas, como casta política y militar, procurará explotar en provecho propio la rebelión.

Componían el tercer estamento, popular y burgués, el más numeroso y diversificado, universitarios inquietos, intelectuales tolerantes en la estela de Erasmo, funcionarios, artesanos tal vez en paro por la crisis gremial o sectorial, técnicos y operarios de las nuevas fábricas, pequeños y media-

nos campesinos, grandes y modestos financieros, marineros con vocación de largas singladuras, pescadores del arenque o la ballena, piratas ocasionales que tan largo papel jugarán luego, clases acomodadas del viejo patriciado urbano, artistas empresarios fabriles, etcétera, sin olvidar a los judíos hispano-lusos, de grandísima impronta en la historia posterior de Holanda.

El tercer estamento, al igual que los demás, se hallaba en trance de sufrir profundos cambios. En los estratos dirigentes, por ejemplo, se advertía el relevo del patriciado urbano por la nueva burguesía capitalista, entregada, bajo el signo mercantilista del dinero, a empresas económicas ambiciosas y simultáneamente, a la conquista de las administraciones municipales e instalación en los cuadros de funcionarios del Estado.

Por este sendero, el mismo que en otra acepción ya referida adoptara la nobleza, se llegaba con ella a una convergencia de objetivos en la búsqueda del poder como alianza hegemónica ansiosa de proteger sus prerrogativas frente al soberano.

Al otro extremo de la escala social en duro contraste con la opulencia de las clases superiores y el bienestar de las medianas, aumentaba el volumen del proletariado industrial —el término pertenece a Henri Pirenne, 1907— y el ejército de los mendigos y vagabundos.